

## CAPÍTULO II.

Todos los días eran para estas familias días de dicha y de paz inalterable. La envidia ni la ambición no las atormentaban. No deseaban una vana reputación exterior que da la intriga y quita la calumnia; bastábales ser ellas mismas los testigos y jueces de sus acciones. En esta isla donde (como en todas las colonias europeas) sólo se desea saber anécdotas malignas, sus virtudes y aun sus nombres eran ignorados y desconocidos. Solamente cuando algún pasajero preguntaba desde el camino de las Pamplenas á los habitantes del llano: « ¿ Quién vive » en aquellas dos chozas que están allá » en el alto? » Éstos respondían sin conocerlas: « Son unas buenas gentes. » Á este modo las violetas ocultas entre zar-

zas y espinos exhalan á lo lejos aromas suaves.

Ellas habían desterrado de sus conversaciones la maledicencia y la murmuración que, so color de justicia, disponen necesariamente el corazón á la disimulación ó al aborrecimiento; porque es poco menos que imposible dejar de aborrecer á los hombres, si se piensa mal de ellos, y vivir con los malos, si no se les oculta el odio con falsas apariencias de benevolencia. De aquí es que la maledicencia nos obliga á estar mal con nuestros semejantes, ó con nosotros mismos.

Pero madama de La Tour y su compañera, sin juzgar á los hombres en particular, sólo se ocupaban en buscar los medios de hacer bien á todos en general, y aunque esto no estaba en su mano, tenían á lo menos una voluntad constante de hacer bien, que les inspiraba una benevolencia dispuesta siempre á extenderse á todos. Por consiguiente,

viviendo en la soledad, lejos de ser feroces é intratables, se hicieron más compasivas y humanas.

Si la historia escandalosa de la sociedad no suministraba materia á su conversación, la de la naturaleza arrobaba sus almas en dulces éxtasis. En este reducido espacio admiraban con respeto y reconocimiento, el poder de una providencia cuya mano había derramado en medio de la aridez de estos peñascos la abundancia, las gracias y los placeres siempre puros, y siempre renacientes.

Pablo á la edad de doce años, más robusto y más inteligente que los europeos á la de quince, hermo seab a por sus manos lo que Domingo no hacía más que cultivar. Iba con él á los vecinos montes á desarraigar al tierno timonero, al naranjo, al tamarindo, cuya coronilla es de un verde muy hermoso, y al atero, cuya fruta, llena de una substancia azucarada despide de sí la fragancia del azahar.

Trasplantaba estos árboles ya crecidos alrededor de este recinto, y sembraba las simientes de otros que, al segundo año, llevan flores ó frutos, como el agatío, alrededor del cual penden en figura circular, á manera de colgantes de araña de cristal, largos racimos de flores blancas; el lila de Persia, que eleva verticalmente sus girándulas de color morado; el papayo, cuyo tronco sin ramas, en forma de columna claveteada toda de melones verdes, remata en un capitel de muy anchas hojas parecidas á las de la higuera.

También había sembrado varias pepitas y huesos de árboles, como mangles, guayabos, paltos, jaceros y jamberos, de los cuales la mayor parte daban ya sombra y fruta á su joven amo, cuyas laboriosas manos derramaron la fertilidad hasta en los parajes menos fecundos de esta quebrada. Diversas especies de aloes, la raqueta cargada de flores amarillas

matizadas de encarnado, los cirios espinosos, se elevaban sobre las negras cimas de los peñascos, y parecía que querían competir y enlazarse con las largas lianas de flores azules y escarlatados, que pendían acá y allá por todo el repecho de la montaña.

Había distribuído y colocado con tal orden aquellos vegetales, que se podía gozar de su vista á la primera ojeada, porque en el centro estaban las plantas que se elevan poco : después los arbustos, luego los árboles medianos, y últimamente los grandes en toda la circunferencia. Por manera que este vasto circuito, mirado desde el centro, presentaba á la vista un anfiteatro de verdor, de frutas y de flores, que contenía al mismo tiempo hortalizas, praderías, y campiñas de arroz y trigo.

Pero Pablo sujetando los vegetales á su plan, no se apartaba del de la naturaleza, antes por el contrario siguiendo sus

lecciones plantaba en las eminencias aquellos cuyas semillas son volátiles, y á la orilla del agua los que las tienen propias para sobrenadar. De esta manera cada vegetal crecía en su sitio proporcionado, y cada sitio recibía del vegetal su adorno natural. Las aguas que bajan de la cumbre de estos montes, formaban en el fondo del valle aquí fuentes, allí estanques, que á manera de espejos, en medio de la frondosidad, duplicaban en el cristal de su corriente los árboles en flor, las rocas y el azul de los cielos.

Á pesar de la enorme desigualdad del terreno, todos aquellos plantíos eran, por la mayor parte, tan accesibles al tacto, como á la vista. Bien es que todos nosotros le ayudábamos con nuestros consejos y trabajo, para llevar á cabo sus empresas. Él practicó una senda todo en rededor de este recinto, de la cual muchos ramales llegaban ya de la circunferencia al centro ; y por otra parte supo sacar par-

tido de los parajes más fragosos, y conciliar con la más feliz armonía la aspereza del suelo, y los árboles domésticos con los silvestres. De la enorme cantidad de piedras movedizas que embrazan estos caminos como la mayor parte del terreno de esta isla, formó acá y allá pirámides, en cuyas bases, rellenas de guijo y tierra, plantó rosales, poinciana y otros arbustos que se crían bien entre peñas; y á poco tiempo estas pirámides informes y de sombrío aspecto, se cubrieron de verdor y del esmalte de las flores más bellas.

Las hondonadas y barrancos guarnecidos de árboles antiguos, cuyas ramas inclinadas sobre los bordes formaban como bóvedas subterráneas impenetrables al calor, eran lugares de asilo contra los rayos del sol, donde tomaban el fresco por el día las dos familias. Una vereda conducía á un soto de árboles silvestres, en cuyo centro crecía, al abrigo de los

vientos, un árbol doméstico cargado de fruta. Aquí había una mies, allá un verjel: por esta calle se descubrían las cabañas, por aquélla las cimas inaccesibles de la montaña. Había un bosquecito tan espeso de tacamacos entretejidos con lianas ó enredaderas, que no se distinguía en él ningún objeto en la mayor fuerza de la luz del día.

Desde la extremidad de ese gran peñasco que sale del monte, se descubrían todos los objetos de este recinto, con el mar á lo lejos donde aparecía de cuando en cuando alguna nave que venía de Europa ó regresaba á ella; y allí era donde se juntaban las dos familias al caer el día, y gozaban en reposo de la frescura del aire, de la fragancia de las flores, del murmullo de las fuentes, y de las últimas armonías de la luz y de las sombras.

Hasta los nombres de la mayor parte de los encantadores sitios de este labe-

rinto, eran los más agradables y expresivos. El peñasco de que acabo de hablaros, desde donde á larga distancia me veían venir, se llamaba la Atalaya de la Amistad. Pablo y Virginia en uno de sus inocentes entretenimientos, discurrieron plantar allí un bambú, en cuya cima enarbolaron un pañuelito blanco para anunciar mi llegada luego que me avistaban: á la manera que en la montaña inmediata se enarbola una bandera cuando se divisa alguna nave en el mar.

Vínome un día á la idea grabar una inscripción en la corteza de aquel bambú, pues siempre han sido tan de mi gusto las inscripciones, que por mucho placer que haya tenido en mis viajes, al ver una estatua ó monumento de la antigüedad, os aseguro que no es comparable con el que me causa leer una inscripción bien hecha. Entonces me parece que una voz humana sale de la piedra, se

hace oír por entre los siglos, y dirigiéndose al hombre que habita en los desiertos, le dice que no es él solo, y que otros semejantes suyos han sentido, pensado y padecido como él en aquellos mismos lugares. Y si la inscripción es de alguna nación antigua, que ya no existe, hace que se dilate nuestra alma por los campos de lo infinito, y le comunica el sentimiento de su inmortalidad mostrándole que un pensamiento ha sobrevivido á la ruina de todo un imperio.

Escribí pues, en el bambú de Pablo y Virginia, estos versos de Horacio:

*Fratres Helenæ, lucida sidera  
Ventorumque regat pater  
Obstrictis aliis, præter Iapyga.*

« Que los hermanos de Helena, astro  
» brillante como vosotros, y el padre de  
» los vientos, dirijan vuestros pasos y  
» no permitan os sople otro que el céfiro  
» blando. »

En la corteza de un tacamaco á cuya sombra solía sentarse Pablo para contemplar desde lejos el mar agitado, grabé este verso de Virgilio :

*Fortunatus et ille deos qui novit agrestes !*

« Dichoso tú, hijo mío, en no conocer » más que las divinidades campestres ! »

Y este otro encima de la puerta de la cabaña de madama de La Tour :

*At secura quies, et nescia fallere vita.*

« Aquí habita una buena conciencia, y » una vida que no sabe engañar. »

Pero Virginia que no aprobaba mi latín, decía que el que yo había puesto en el bambú ó veleta de señales, era demasiado largo y erudito. Yo hubiera preferido, añadió la muchacha :

Siempre agitada, pero enostante.

Y habiéndole contestado yo : « Esa

» divisa convandría más bien á la virtud, » se puso sonrosada con mi reflexión.

Estas venturosas familias, extendiendo la sensibilidad de sus almas, á cuanto las rodeaba, habían dado los nombres más tiernos á los objetos que parecían más indiferentes. Un vallado de naranjos, bananos y jamberos, plantados en el entorno de una explanada de céspedes donde solían bailar Pablo y Virginia, se llamaba la Concordia. El árbol antiguo, á cuya sombra se contaron mutuamente sus desgracias madama de La Tour y Margarita, tenía por nombre las Lágrimas enjugadas. Llamábanse Bretaña y Normandía dos rinconadas sembradas de trigo, fresas y guisantes; y á imitación de sus amas, Domingo y María, deseando traer á la memoria los lugares de su nacimiento en África, dieron los nombres de Angola y Fouillepointe, á dos terrenos que producían los juncos de que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

hacían los canastillos, y donde habían sembrado un calabazar. Así que, con la vista de las producciones de sus climas respectivos, conservaban estas familias expatriadas las dulces ilusiones de su país, y suavizaban, en cierto modo, la pena de vivir en una tierra extraña. ¡Ay de mí triste! yo he visto animarse con mil denominaciones encantadoras los árboles, las fuentes, las rocas de este recinto delicioso, en otro tiempo; cuando Dios quería! y actualmente tan desfigurado y destruído está, que, semejante á un campo de la Grecia, no ofrece más que nombres tiernos, escombros y tristes ruinas.

Pero de cuantas situaciones deliciosas ofrecía este circuito, ninguna igualaba á la llamada el Recreo de Virginia. Al pie del peñasco de la Atalaya de la Amistad, hay una concavidad de donde sale una fuente, que, á pocos pasos de su nacimiento, forma una especie de laguna en

medio de un prado de hierba fina. Cuando Margarita dió á luz á Pablo, le regalé un coco de Indias que me habían dado, y ella sembró sus pepitas á la orilla de las aguas con el fin de que el árbol que produjeran, sirviese de época algún día al nacimiento de su hijo; y madama de la Tour, siguiendo el ejemplo de Margarita, plantó allí otro con el mismo intento, cuando parió á Virginia. Nacieron, en efecto, dos cocoteros que componían los únicos archivos de la familia, y se llamaba el uno cocotero de Pablo, y el otro de Virginia. Crecieron uno y otro casi en la misma proporción que sus inocentes dueños; y aunque no perfectamente iguales en la altura, excedían ya á los doce años á la de las cabañas de sus madres, y entretejiendo mutuamente sus palmas, dejaban colgar sus tempranos racimos de cocos sobre la misma taza de la fuente.

Á excepción de los dos cocoteros, todo

lo demás de la caverna conservaba el mismo adorno que le había dado la naturaleza, brillando en sus dos lados húmedos y pardo-oscuros, anchos culantrillos con verdinegra flor en figura de estrellas. Espesas matas de escolopendra fluctuaban en unas partes, á merced de los vientos, suspendidos en el aire á manera de listones de color verdepúrpura; y en otras crecía en abundancia la pervinca ó hierba doncella, cuya flor es muy parecida á la del clavo, ó á la de los pimientos de corteza color de sangre, y más brillante que el coral. En su circunferencia la hierba balsamina, cuyas hojas vienen en figura de corazón, y los basiliscos del olor de la pimienta, exhalaban la más dulce fragancia. Del repecho de la montaña pendían las lianas ó enredaderas, á manera de undosos tenderos de ropa, y formaban en lo escarpado de las rocas dilatadas cortinas de verdor. Las aves de mar, atraídas de la apacibilidad de aquella caverna, iban

á pasar la noche en ella; y al poner del sol se veían volar hacia allí á lo largo de la ribera el cuervo y la conjugada marinos, y en lo alto de los aires la negra fragata y el pájaro blanco del trópico que, como el astro del día, abandonaban las soledades del Océano indiano.

Tenía Virginia sumo deleite en ir á reposar en la margen de aquella fuente decorada con una pompa magnífica y silvestre á un tiempo. Muchas veces lavaba en ella la ropa de la familia á la sombra de los dos cocoteros, y otras llevaba á pacer allí las cabras, y se entretenía mientras preparaba los quesos con su leche, en verlas levantarse en dos pies para rozar las hojas del culantrillo, y sostenerse como en el aire, en las cornisas de las peñas, haciendo hincapié en ellas como sobre un pedestal.

Viendo Pablo que aquel sitio era el privilegiado de Virginia, llevó allí del bosque inmediato nidos de toda especie



de pájaros, cuyos padres atraídos del amor de sus hijuelos, fueron al instante á establecerse en aquella nueva colonia, donde Virginia les echaba, á ciertas horas, granos de arroz, de maíz y mijo. De modo, que luego que ella se presen-



ta, los mirlos silbadores, los bengalíes, cuyo gorjeo es tan delicioso, los cardenales de plumaje color de fuego, dejaban

los zarzales; los papagayos verdes como esmeraldas bajaban de los lataneros inmediatos, las perdices corrían por entre la hierba, y mezclados unos con otros llegaban, como si fuesen gallinas, hasta sus mismas plantas. Ella y Pablo se entretenían, por lo regular, en observar sus juegos, sus inclinaciones y sus amores.

¡ Amables niños! vosotros pasabais así los primeros días en la inocencia, ejercitándoos en hacer el bien! ¡ Cuántas veces vuestras madres estrechándoos tiernamente en sus brazos en este mismo sitio, bendecían al cielo por el consuelo que preparabais á su vejez, viéndoos entrar en la vida, bajo de tan felices auspicios! ¡ Cuántas, á la sombra de estos peñascos, he participado con ellas de vuestras comidas campestres, que á ningún animal habían costado la vida! Calabazas llenas de leche, huevos frescos, tortas de arroz en hojas de banano, cestos colmados de batatas, de ambas, de naranjas, de gra-

nadas, de plátanos, de ananas y de atas, nos ofrecían á un mismo tiempo los manjares más saludables, los colores más alegres, y jugos los más substanciosos.

La conversación que tenían era tan inocente y agradable, como los mismos manjares de que usaban en estos festines. Por lo común, Pablo no hablaba en ellos, sino de lo que había trabajado aquel día, y de lo que tenía que trabajar el siguiente; y continuamente estaba pensando en algún trabajo útil para la comunidad. « Aquí, según él, las sendas » no son cómodas; allá los asientos no » son del todo blandos; estos nuevos » emparrados no dan la sombra necesaria; Virginia estará mejor allí. » Y otras reflexiones á este tenor.

En tiempo de lluvias pasaban el día todos juntos en casa, ocupados á hacer esteras de hierbas y canastillos de hojas de bambú. En las paredes se veían colocados con el mejor

orden, rastrillos, hachas, azadones; y al lado de estos instrumentos de agricultura, las producciones correspondientes á cada uno de ellos, como sacos de arroz, gavillas de trigo y cuelgos de plátanos, tan delicado todo, como abundante. Virginia enseñada por su madre y por Margarita, aprovechaba estas temporadas en hacer compotas, licores y bebidas cordiales con el jugo de las cañas de azúcar, limón y de cimbogas.

Por la noche cenaban á la luz de una lamparilla, y después de cenar solía contar madama de La Tour ó Margarita la historia de varios caminantes extraviados en los bosques europeos, infestados por la mayor parte de ladrones, ó el naufragio de alguna nave arrojada por la tempestad contra las rocas de una isla desierta; y con aquellas relaciones se inflamaban más las almas sensibles de sus hijos, y rogaban al cielo les otorgase la gracia de poder ejercitar algún

día la hospitalidad con semejantes desgraciados. Á cierta hora se despedían las dos familias para ir á reposar; mas siempre con la impaciencia de volver á verse al día siguiente. Algunas veces se quedaban dormidos al ruido de la lluvia que se desgajaba á mares sobre el techo de sus cabañas, ó de los vientos impetuosos que les traían desde lejos el murmullo de las olas estrelladas contra los peñascos de la ribera; y en tales casos bendecían al autor de la naturaleza por la seguridad de sus personas, siendo tanto mayor su reconocimiento, cuanto se consideraban más distantes del peligro.

De cuando en cuando leía madama de La Tour en comunidad algún pasaje tierno de la historia del antiguo ó nuevo testamento, y se enardecían sus almas con la contemplación de las cosas celestiales. Su moral no era especulativa, sino práctica como la del evangelio; no había

entre ellos días destinados para la alegría ni para la tristeza: sino que todos eran igualmente llenos y festivos para sus corazones. La naturaleza entera era para ellos un templo augusto donde admiraban sin cesar una inteligencia infinita, omnipotente y amiga de los hombres; y este sentimiento de confianza en el poder supremo los llenaba de consuelo respecto de lo pasado, de valor para lo presente, y de una dulce esperanza para lo venidero. Así es que estas mujeres, precisadas por los infortunios á seguir el orden de la naturaleza, hallaron en sí mismas, y excitaron en sus hijos estos sentimientos que inspira en todos la misma naturaleza para preservarnos de que seamos desgraciados.

Pero, como muchas veces en las almas más bien acondicionadas y de mejor temple, suelen levantarse nubes que perturbaban su serenidad, cuando alguno de la familia se mostraba triste, se reunían

todos á fin de distraer su ánimo, y no paraban hasta conseguirlo, más bien con obras que con reflexiones, empleando cada cual en esto su carácter particular. Margarita, su alegría y viveza natural: madama de La Tour, una moral dulce: Virginia, tiernas caricias: Pablo, franqueza y cordialidad; y hasta Domingo y María contribuían por su parte, contristándose con el que veían llorar. Á este mismo modo las plantas débiles entretejen unas con otras sus ramas, para oponer más resistencia al ímpetu de los huracanes.

En tiempo sereno iban á misa todos los días festivos á la iglesia de las Pamplemusas, cuya torre veis allá abajo en el llano, adonde concurrían colonos muy poderosos, conducidos en hombros de esclavos, algunos de los cuales se empeñaron varias veces en tener conocimiento y trato con aquellas familias tan unidas, convidándolas á diversiones

y partidas de campo. Pero ellas desecharon siempre sus ofrecimientos con cortesanía y respeto, persuadidas de que los ricos sólo buscan á los pobres para tener complacientes, que es imposible



ser complaciente, sino adulando las pasiones de otro, buenas ó malas. Por otra parte, evitaron con no menor cui-

dado la familiaridad con los colonos medianamente acomodados, por lo común, envidiosos, murmuradores y groseros. Al principio pasaron por tímidas en el concepto de los primeros, y por altaneras en el de los segundos; pero su conducta reservada estaba acompañada de tales demostraciones de urbanidad y atención, particularmente para con los miserables, que insensiblemente se conciliaron el respeto de los ricos, y la confianza de los pobres.

Comunmente al salir de misa iban á buscarlas las gentes desvalidas para que ejercieran con ellas algún oficio de caridad; ya se presentaba un afligido pidiéndoles consejo, ó ya un niño que les rogaba con lágrimas pasasen á visitar á su madre enferma en alguna de las aldeas de la comarca. Á este fin llevaban siempre consigo varias recetas de remedios caseros, los más acomodados para la curación de las enfermedades del país,

y las distribuían con aquel agrado que da tanto precio á los menores servicios. Sobre todo, tenían particular talento para disipar las penas é inquietudes del ánimo, tan insoportables en la soledad y en un cuerpo enfermo. Madama de La Tour hablaba con tanta confianza de la divinidad, que oyéndola discurrir así los pacientes, les parecía que la tenían allí presente. Virginia volvía comunmente de aquellas visitas con los ojos arrasados de lágrimas, pero con el corazón penetrado de alegría, porque había tenido ocasión de hacer bien. Ella era la que disponía de antemano los remedios necesarios para los enfermos, á los cuales se los administraba con indecible afabilidad y buen afecto.

Después de estas visitas de caridad, alargaban á veces su camino por el valle de la Montaña Larga hasta mi posesión, donde yo las esperaba á comer á las orillas del riachuelo que pasa por las